



Revista de libros, 6 de abril de 2008

Título: **Un niño afortunado**. Autor: Thomas Buergenthal

Plataforma Editorial (www.plataformaeditorial.com), 2008, 283 páginas (colección Plataforma Testimonio)

Lectura. Este es un libro conmovedor y que no deja indiferente. Abre el corazón. En esa apertura del corazón nos conmovemos y promovemos un encuentro con nuestro lado más humano, tantas veces oculto. En ese encuentro puede que trascendamos nuestra personalidad y puede también que encontremos algo más elevado, y también un propósito para vivir la vida con mayor sentido y consciencia. Con enorme humildad, Thomas Buergenthal nos narra su dura experiencia. Y en esta narración quizás nos encontremos con la compasión que deberíamos sentir por todos los seres humanos, por todos los seres sintientes. Tras leer este libro, uno quiere estar en oración por la Humanidad, en silencio, en respeto. También en esperanza por un mundo nuevo.

Sinopsis. La vida de Thomas Buergenthal, “el juez que fue víctima”, ha sido un duro camino desde que nació en 1934, de padres judíos alemanes, hasta convertirse en juez de la Corte Internacional de Justicia en el año 2000. Entre estas dos fechas, sobrevivió a los campos nazis, se educó en Estados Unidos y se dedicó al derecho internacional y a la defensa de los derechos humanos. Su autobiografía es un claro homenaje a las poderosas palabras de su padre “No desesperar bajo ningún concepto”. El pequeño Buergenthal hace suyas estas palabras y conserva, con inmensa voluntad de sobrevivir, su vida y sus principios, sin sucumbir a la tentación del odio ni al cinismo. Los campos de exterminio no solo no le quebraron, sino que le convirtieron en una persona que buscará siempre la justicia y el respeto de los derechos humanos.

Extractos:

- “Cuando el tren estaba todavía en movimiento, salté al andén y corrí hacia ella. Caímos el uno en brazos del otro y así estábamos todavía una vez que el tren ya se hubo marchado, abrazándonos e intentando contarnos en pocos minutos todo lo que nos habíaa ocurrido desde aquel día de agosto de 1944 en que nos habían separado en Auschwitz. “Und Papa?”, pregunté por fin. Ella no respondió de inmediato, sino que siguió negando con la cabeza mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. En aquel preciso instante supe que mi padre no había sobrevivido la guerra. Una guerra que, en aquella estación de ferrocarril, concluía definitivamente para mi madre y para mí”. (p. 162).
- “Llegué hace ya bastante tiempo a la conclusión de que el camino hacia un mundo en el cual los seres humanos puedan vivir en paz y con dignidad es largo, y que es preciso que sigamos trabajando para lograr ese objetivo, poniendo ladrillo sobre ladrillo y sin permitir que nuestras derrotas nos vuelvan cínicos” (p. 224).
- “Al recordar a Mutti pienso en su entereza y su coraje, en su abnegado amor y pasión por la vida. Nunca olvidaré esa sonrisa suya tan especial que me infundía valor para no tener miedo en momentos en que tenía muy buenos motivos para estar asustado. Cuando acudimos a su lecho en el hospital de Trieste, Mutti nos brindó a Peggy y a mí esa misma sonrisa instantes antes de morir, como si dijese una vez más: “No temáis, que todo saldrá bien””. (p. 253)

Agradecemos en especial a Jordi Nadal, editor, su generosidad para presentarnos a Thomas Buergenthal hace unas semanas.

El testimonio de Buergenthal nos conmueve, nos enriquece, nos humaniza.

www.fundacionananta.org